

15 céntimos el número



Año I.

Barcelona 11 Junio de 1892

Núm. 2.º

ADMINISTRACIÓN. — ESPASA Y COMP.ª, EDITORES. — CORTES, 221 Y 223



JOSÉ MARÍA DE PEREDA

SUMARIO

Texto.— Crónica, por C.— Esbozo (conclusión), por JOSÉ M. DE PEREDA (ilustraciones de APELES MESTRES).— Esteban March, por TEODORO BARÓ.— Los lisiados, por MELITÓN GONZÁLEZ (ilustraciones del mismo).— Nuestros grabados.— SECCIÓN CIENTÍFICA: Las nubes, por E. DE MIER.— Mesa revuelta.— Recreos instructivos, por JULIÁN.

Grabados — JOSÉ MARÍA DE PEREDA.— La trilladora, estatua de A. VALLMITJANA ABARCA.— El Domingo de Ramos, cuadro de J. MAS Y FONDEVILA.— Todo por el arte, novela viva (continuación), por APELES MESTRES.

Crónica

SIEMPRE tuvieron los ingleses fama de ser poco escrupulosos en los medios de anexionarse cualquier porción de territorio, habitado por raza amarilla, negra ó blanca, pues en este punto no distinguen de colores.

Ahora parece que se han encontrado en el Uganda (África) con los misioneros conocidos con el nombre de Padres Blancos, que les estorbaban, y se libraron de ellos de una manera muy sencilla, aunque cruelmente maquiavélica. Dieron armas á los indígenas, que las emplearon inmediatamente en atacar á los misioneros, asesinando á muchos y dispersando á los demás.

Conseguido este resultado, los ingleses volvieron á apoderarse de las armas, y la influencia católica fué reemplazada por la influencia protestante, como de costumbre sazónada con percales de Manchester y cuchillería de Birmingham; ya que lo protestante no quita á lo mercader.

El asesinato de los misioneros, que con sublime caridad y abnegación evangelizaban aquellas regiones, ha puesto al gobierno francés en la obligación de pedir una reparación al de la Gran Bretaña, y dícese que ha transmitido órdenes á M. Waddington, ministro de la República en Londres, para proceder con prontitud y energía.

Usamos la forma dubitativa, porque aunque hay de por medio una cuestión de influencia y de patriotismo; de los que persiguen al catolicismo en Francia, no hay motivo para esperar que sean muy severos con los que le persiguen en el continente negro.

* * *

El 29 de Mayo, los comunistas celebraron ruidosamente en el cementerio del P. Lachaise el aniversario de la llamada *Semana sangrienta*. Concurrieron con 55 banderas, entre las cuales la del periódico de Rochefort *L'Intransigeant*, fué objeto de una manifestación hostil por parte de la mayoría de los concurrentes, que gritaron: «¡Abajo Boulanger! ¡Fuera el asesino!» y pisotearon la bandera aporreando á los que intentaron defenderla. Se pronunciaron muchos discursos del color rojo más subido, como que entre los asistentes había no pocos de los héroes que ensangrentaron é incendiaron á la capital de Francia, sitiada por los ejércitos alemanes.

Se gritó «¡Viva la Commune!» y también con repetición «¡Abajo la patria!»

Terminado el espectáculo, agentes de policía sin uni-

forme acudieron á tomar nota de las inscripciones de todas las coronas.

Digno coronamiento de la fiesta.

* * *

África sigue siendo el teatro de las grandes atrocidades.

Últimamente han andado muy enredados los periódicos franceses y los belgas, acerca de una pequeñez.

Dijeron aquéllos, que la expedición belga del capitán Van Kerchoven, habiendo tropezado en el Congo con una caravana de mil ochocientos árabes traficantes de marfil, los había fusilado, sin dejar vivo más que uno para que llevase á los suyos la noticia de la carnicería.

Los periódicos belgas negaron en redondo la noticia, diciendo que no era más que una reproducción disfrazada de la batida que dió el capitán Ponthier, hace cuatro ó cinco meses, á una banda de árabes cazadores de esclavos.

Pero he aquí que un misionero digno de toda fe, y belga además, el P. de Backer, confirma en el fondo la exactitud de la noticia, en carta que publicaron los periódicos católicos de Bélgica.

Véase cómo empieza:

«En el momento en que escribo á usted, el buque *Ville d'Anvers* llega aquí de Falls y trae la noticia de que la expedición Van Kerchoven, que avanza siempre hacia el Alto Uellé, ha dado con mil ochocientos árabes esclavistas y los ha despedazado. El último sobreviviente ha podido escaparse para venir á informar á sus correli-gionarios de Falls, que desde entonces se encuentran en una efervescencia amenazadora.»

Aunque el tragarse así mil ochocientos hombres no parece cosa tan llana, África es una tierra aparte donde la vida de un ser humano pesa menos que un pedazo de percal.

Además, las dos versiones no concuerdan en un punto capital. La francesa dice que los árabes eran mercaderes de marfil, y la belga que eran cazadores de esclavos.

Queda por saber, si hubo combate. De la versión francesa se deduce que no le hubo, porque dice que los mil ochocientos árabes fueron fusilados; pero la belga deja la cosa en duda, porque emplea la frase *taillés en pièces*.

Se conoce que el sol de África endurece los corazones y que allí hasta los europeos se convierten en fieras; si bien la guerra de colonización y de razas fué siempre una guerra de exterminio.

Si por punto general, nuestra conquista de América puede señalarse como una excepción, fué porque no la hicimos sólo con la espada, sino también con la cruz.

* * *

Todos los periódicos hablan del *modus vivendi* celebrado con Francia, los unos para aplaudirle, los otros para censurarle. Para los enemigos del gobierno es malo, para los amigos, bueno. En nuestra prensa política no hay más regla de criterio. El público se encoge de hombros, porque no entiende el asunto, ni es fácil que lo entiendan más que las clases interesadas. ¿Quién, que no se haya visto obligado, por empleo ó por tráfico, ha procurado enterarse de lo que es la tarifa mínima, la escala alcohólica y demás factores del intrincado problema?

Como se trata de una medida transitoria, de un arreglo, que para mayor claridad se bautiza con la frase latina de *modus vivendi*, conviene esperar á ver lo que dice de él

la experiencia. La guerra de tarifas exige una estrategia sumamente complicada, y que por hábil y patriótica que sea no puede dar satisfacción á todos los intereses. Por otra parte, el librecambio, derrotado, ejerce el derecho de pataleo y encuentra malo todo lo que se hace, porque se hace á sus espaldas.

* * *

También en España suceden cosas de las que llaman los franceses *fin de siècle*.

Véase sino la siguiente noticia, que hace ya bastantes días publicó un periódico de Madrid.

«Ayer se reunieron en el Vivero de Migas Calientes todos los prestamistas de Madrid para conmemorar el segundo aniversario de la fundación de la Sociedad, la cual, como es sabido, socorre á los menesterosos en determinadas circunstancias.»

De banquetes de antropófagos ya teníamos conocimiento, pero no de prestamistas. Por lo visto el gran desarrollo que va adquiriendo la profesión, ha despertado en los que la ejercen la ambición de ser clase y de salir de sus gazaperas á la luz del sol.

El periódico no refiere la lista de los manjares, pero es probable que, hartos ya de carne humana, hayan dedicado ese día á los manjares finos, aunque siempre con el peligro de que, por efecto de la costumbre, concluyesen al fin por comerse unos á otros.

Sea como quiera, estamos seguros de que entre los platos del *menú* no habría «entrañas de prestamista,» porque nadie como ellos sabe que no hay preparación culinaria, ni fuego capaz de ablandarlas.

* * *

Sobre ser nuevo el hecho en el fondo, contiene otra gran novedad en la forma, la de que «la sociedad, como es sabido, socorre á los menesterosos en determinadas circunstancias.»

Vean ustedes una cosa, que no por ser sabida deja de ser nueva. Se conoce que los prestamistas, en vena de dar sorpresas sin tanto por ciento, han querido despilfarrarse, dándonos una sobre otra.

Porque tampoco es floja, la de que «ayudan á los menesterosos en determinadas circunstancias.» Nos hemos exprimido inútilmente el magín para averiguar qué circunstancias serán esas, á fin de admirar el poder de Dios, que crea circunstancias capaces de iluminar con un rayo de compasión la fría caverna en que late el corazón de un prestamista.

Quizá llamen ellos ayuda á tomar, por ejemplo, un cuatro y medio por ciento al mes en vez de un cinco, esto es, á poner á la víctima con el agua al cuello pudiendo ponerle con el agua á la boca; pero esto equivale á ayudar á bien morir.

Interesaría de todos modos determinar esas circunstancias, capaces del milagro de hacer marchar del brazo á la usura y á la caridad.

Y luego no estaría de más que se averiguase, si después de haber comido los prestamistas en el *vivero de migas calientes*, ha quedado en aquel sitio una rama siquiera con que calentar un puchero.

* * *

El escrutinio de los periódicos nacionales y extranjeros, pero sobre todo de los franceses, hielá la sangre, porque sigue ofreciendo como los frutos más naturales y abundantes de la civilización moderna, el asesinato y el suici-

dio. La crónica diaria, con desoladora monotonía, gira constantemente alrededor de estas dos plagas sociales, que revelan el profundo malestar moral que nos trabaja.

La experiencia y el buen sentido evidencian lo mucho que ganarían las costumbres y la moral pública, negando la publicidad á semejante transgresión de las leyes divinas y humanas, que se produce casi siempre por contagio; pero la necesidad industrial de dar noticias todo lo arrolla.

Ganaría también mucho con el silencio el buen gusto, pervertido por esta horrenda narración de todos los días, que infesta igualmente la novela y el teatro, creando una literatura patibularia, que exagera brutalmente la realidad y ha de hacer creer á los lectores futuros, que en nuestra época los crímenes más feroces no fueron sino rasgos de costumbres.

Harto tenemos con que la vida sea un valle de lágrimas, sin convertirla además en un valle de sangre.

Pero es más fácil poner diques á las cataratas del Niágara que á la libertad de la noticia.

C.

Esbozo

(CONCLUSIÓN)

GRAN teatro es un incendio *gordo* para lucir su diligencia y su sagacidad un hombre así; pero aun hay otros que se prestan mejor al ejercicio de sus raros talentos que posee por privilegio singular de su naturaleza y por ley de la costumbre que le ha formado: verbigracia, los crímenes ruidosos, las causas célebres. ¡Aquí es donde hay que verle para admirarle en toda la pompa de su absoluto poder y señorío! Adonde va el juzgado instructor, allí está ya él, que también es juez y magistrado y Audiencia y Tribunal Supremo y cuanto hay que ser; allí está desde mucho antes, mano á mano con el supuesto criminal, ó testigo, ó cómplice, cuyas declaraciones se buscan.

—¿De cuántas puñaladas mató usted á su víctima?

—¡Señor!... Yo no he matado á nadie: bien lo sabe el juez.

—¡Qué juez ni qué niño muerto! Aquí no hay más juez que yo, ni más tribunal que el que yo represento, que es el tribunal de la prensa, el de la conciencia pública; y público y notorio es que usted la hizo, por lo que nadie más que usted ha de pagarla. Conque, á cantar de plano.

—Repito que soy inocente.

—¿En dónde se hallaba usted á las ocho de la mañana del día siete de Febrero del año próximo pasado?

—¡Yo qué sé?

—¿Qué señas tenía cierta mujer que en aquella ocasión, y mientras usted saludaba al *Espatarrao*, pasó por la acera de enfrente?

—No recuerdo nada de eso.

—Ya lo recordará usted en el patíbulo. ¿De qué color eran las botinas de la *barbiana* con quien usted se detuvo en la misma calle, ocho meses después, al rayar el medio día, y por qué, al despedirse, fijó usted la mirada en el balcón de un tercer piso, y ella dijo que sí con un movimiento de su cabeza.

—Tampoco hago memoria de cosa alguna de esas.

—¿Y tampoco recuerda usted quién era la señora recatada que salió en compañía de un caballero muy elegante,

con el cuello del sobretodo alzado y el ala del sombrero muy caída sobre los ojos?

—¿De dónde salían esas personas?

—Del portal mismo de la casa del *interfecto*, tres horas después de cometido el crimen. ¿De qué piso bajaban? ¿A dónde iban, y por qué al extremo de la calle se cruzaron con un hombre, y este hombre arrojó en aquel instante la colilla del cigarro que fumaba, y al arrojarla tocó con el codo el brazo de la señora, y la señora volvió la cara hacia él?

—Pero ¿por qué he de saber yo esas cosas?

—Porque el hombre de la colilla era usted, y la señora



recatada y el señor que iba con ella, sus cómplices y encubridores de usted, como se irá demostrando poco á poco.

—¡Por los clavos de Jesucristo!... Pero, señor, aunque fuera cierto que tirara yo una colilla en ese sitio que usted dice, y tropezara con el brazo á una señora al mismo tiempo, y esa señora se volviera para mirarme ¿qué tiene todo ello de particular ni que ver con el crimen cometido tres horas antes... no sé en dónde?

—Por esa puerta falsa quiere la justicia histórica dar escape á la responsabilidad criminal de usted; pero á mí no me la da esa señora con vuelillos y hopalandas... Y vamos adelante. ¿A qué hora de aquella misma noche entregó usted un envoltorio al presidente del Consejo de Ministros?

—¡Yo!...

—Usted, sí. Ya ve usted como todo se sabe. Y ¿á qué otra, sobre poco más ó menos, tuvo usted una entrevista con el Nuncio, y le dió una carta que le había proporcionado un gentilhombre de palacio, á instancias del embajador de Rusia?

—¡Qué barbaridad!

Es verosímil que mientras el periodista anda empeñado en un interrogatorio como este, llegue la justicia á cumplir con su deber, y que, advertido de ello el preguntante, responda altanero al funcionario que se lo advierte:

—Que aguarde.

Porque se han dado casos en que la justicia le obedezca y espere á que él concluya.

Después del interrogatorio, á la redacción para echarle á la calle corregido y anotado, ó, como si dijéramos, puesto en la salsa estimulante que el público apetece y saborea; y si le conviniese para sus fines, antes ó después de este trámite, á la presidencia del Consejo de Ministros ó á la

del Tribunal Supremo. Si el presidente está ocupado, que se desocupe; si descansando, que perdone, pero que le reciba. Él necesita verle y le verá. Y le ve al fin. Se ve con el encumbrado personaje inaccesible á la masa anónima de los simples mortales; y no sólo le ve así, sino que le interroga y le amonesta por lo torcida que anda la vara de la justicia en lo del crimen aquel, y hasta le habla del envoltorio de marras en la entrevista del *Jetas* con el Nuncio, y de la carta del gentilhombre y de las intrigas del embajador de Rusia, sin que nadie le tire con algo ni se amontone siquiera.

En el juicio oral tendrá lugar y asiento de preferencia, señalados por el poder judicial para que tome y haga á su gusto notas y semblanzas, y pueda, después del juicio, ofrecer al público, para que se deleite con ello, los nuevos rumbos que va tomando el negocio criminal en la causa aparte que sigue él á los procesados.

Con igual derecho y con idénticas prerrogativas acudiré á las solemnidades académicas si son públicas, y si no lo son, á recoger las notas que se le proporcionarán de lo que unos hagan y de lo que digan otros, para dar cuenta minuciosa de todo ello, y fallar él en seguida *ex cátedra*, háyase tratado en el concurso de agricultura, de matemáticas, de navegación ó de teología. A él lo mismo le da, porque de nada de ello entiende jota; pero es listo y posee el arte de aparentar que de todo entiende mucho, y con ello le sobra para desempeñar airoosamente su cometido.

Al salir los ministros de un consejo, ó un grupito de diputados de un conciliábulo, ya está él á la puerta para echarles el alto y pedirles cuenta de lo que se haya dicho y acordado en la *secreta* reunión.

En cuanto llega un personaje de nota, ó publica un documento de *sensación*, ó produce con su palabra ó con sus actos una excisión en el Parlamento, le pide la correspondiente *interview*; y sin aguardar la respuesta, se le planta delante y le somete á la tiranía de sus inevitables interrogatorios: «¿A qué ha venido usted?—¿Qué día salió de París?—¿Cuál fué el verdadero objeto de la conferencia que celebró usted el día tantos con el embajador de Alemania en aquella capital?—¿Qué juicio han formado los hombres eminentes de ese gobierno sobre la última crisis del nuestro?—Al publicar usted la carta que tanto da que decir hoy ¿se propuso únicamente satisfacer una necesidad de su conciencia política, ó entró por algo en sus planes el deseo de molestar al gobierno y de hacer más apurada su situación?—¿Fué obra de su propio y exclusivo impulso, ó por acuerdo también de los amigos políticos de usted?—En este caso, tiraban ustedes solamente á herir ó tiraban á matar?—Los motivos en que declaró usted fundar su acto ¿son los únicos y verdaderos? ¿No hay otros reservados de muy distinta naturaleza?—¿Puede darse algún crédito á la versión, corriente en los pasillos, de que la inesperada discrepancia de usted reconoce por causa eficiente el haberle negado el Presidente del Consejo, en la última modificación ministerial, una cartera que le tenía ofrecida?»

Tampoco aquí se le tira con nada ni se le niega la más insignificante de las respuestas que pide.

Si en aquel día ó en el anterior ha andado rebotando en las columnas de la prensa periódica algún escandalillo con iniciales transparentes, ó se ha *descubierto* un ingenio de chispa en el teatro ó en la novela... á ello en seguida para echarlo desnudo á la calle, antes que envejezca entre las veladuras del misterio. Al marido ultrajado: ¿qué causas pudieron influir en el origen de los sucesos que acarrearón la catástrofe? Y así. Al banquero en quiebra:

si tuvo parte la política en el desastre; á cuánto ascienden el pasivo y el activo; de qué pelaje son las víctimas más numerosas, y si están resignadas, etc., etc. Al autor dramático ó al novelista: si es verdad que «en sus principios» fué guardia civil, ó seminarista, ó teniente de Estado Mayor; que robó á una bailarina y se batió á navaja con uno de orden público; que escribe boca arriba, y que en su pueblo come la carne cruda y duerme en el pajar...

Cualquiera que entienda un poco en achaques de la débil naturaleza humana, pensará que ese hombre que no ha cesado de moverse, de ver, de hablar y de escribir en todo el santo día de Dios, caerá desplomado en la cama á las primeras horas de la noche. Pues no señor; es también corresponsal de diez ó doce periódicos de provincias; y después de haber enviado por el correo otras tantas correspondencias de su puño y letra, á última hora, es decir, á las dos ó las tres de la mañana, cuando ya nada queda que husmear en las tertulias de los ministerios y se han apagado las candilejas de los escenarios del otro mundo, correrá al telégrafo, y allí, con la velocidad del rayo, mandará hasta los últimos confines de la península, la quinta esencia de cuanto ha averiguado desde que se levantó de la cama, para que se desayunen con ello, pocas horas después, los suscritores de los periódicos provincianos que le pagan este inapreciable servicio.

En suma, que no conoce el cansancio ni las puertas cerradas; está en todas partes y á todas las horas del día y de la noche, presenciando todos los sucesos que sean *narrables en letras de molde...* ó esperando que acontezcan, porque solamente suponiéndole dotado de un prodigioso instinto de adivinación ó de presentimiento puede concebirse la puntualidad con que asiste á cuanto ocurre en todas partes, público ó secreto, grande ó chico, fausto ó infausto.

Tampoco hay distancias para él. En cualquier estación del año las salva, de balde y *en primera* (otro privilegio asombroso en ese feudo proverbial de las compañías de ferrocarriles!), ó, como la necesidad lo exija, á ratos (de balde también, *por supuesto*); y ya está *allá* gimiendo sobre los estragos de un terremoto, ó las víctimas de una epidemia, ó los despojos de un naufragio; cantando los triunfos de la ciencia en la inauguración de un artefacto; describiendo la pompa de una fiesta excepcional, ó inventariando moños é intrigüelas en tal ó cual punto «de citas» veraniega para las damas distinguidas de «nuestro mundo elegante.»

Pero aun alcanzan á mucho más los alientos de este hombre, de ordinario simple *figón al menudeo*. Cuando la ocasión lo pide, sabe elevar su oficio á las alturas de la epopeya; y es de admirar entonces cómo un día, porque en lo más remoto del mundo pasa ó va á pasar algo que no se ve á todas horas ni en cualquiera parte, atraviesa mares y montañas, arrostra los peligros de las tempestades y de los climas insalubres; y en la diestra el lapicero, espada de este conquistador de nuevo cuño, después de haber *residenciado* al capitán del buque ó á los guías de la montaña ó del desierto, como preámbulo de la obra que le preocupa y le arranca de su hogar, si es que le tiene, acomete al Sha de Persia, ó á un Rajá de la India, ó á un salvaje patagón, por señas, si no puede de otro modo, y le desocupa la conciencia sobre las cuartillas de papel de su cartera inagotable.

El suceso que le lleva á tan lejanos confines es, por lo común, una guerra bárbara entre dos grandes naciones por un «quítame esas pajas.» Ya está debidamente instalado

en el cuartel general de uno de los ejércitos beligerantes. Es *plaza montada*; y si no tiene ración y lecho en la tienda del general en jefe, los tendrá en la que la sigue. Antes de darse la batalla ya tiene él contados los combatientes de cada lado, con sus respectivos elementos de pelea, descritas las condiciones del terreno y pronosticado el éxito definitivo. Suena el primer cañonazo, y él, después de consultar su reló, consigna el gran momento en sus cuartillas. Desde entonces, y como si su oficio fuera el de guerrear, olvidado de los peligros que corre, todo es ojos y actividad para cumplir con su deber, no de cronista escrupuloso, sino de noticiero diligente; y se le verá entre el polvo y el humo de la batalla correr de acá para allá, movido del ansia de ver las cosas más salientes por sí mismo y de anotarlas con el mayor lujo posible de pelos y señales. Y si deduce de algunas de ellas, extrañamente desastrosas en su campo, que en el frontero se estrena un nuevo artefacto bélico, será capaz de meterse bajo los fuegos enemigos y de no parar hasta ver con sus propios ojos el aparato mortífero y el modo de funcionar. Si lo consigue, ¿qué victoria como ella? Pero consígallo ó no, exista ó no exista el artefacto, cuélese ó no se cuele en el campo enemigo, que éste pierda ó gane la batalla, él, siempre infatigable y con el estruendo del último cañonazo aún en los oídos, saldrá del revuelto y ensangrentado campo á todo correr



de su cabalgadura, y atravesará llanos y desfiladeros, y andará leguas y leguas sin punto de reposo, hasta la más próxima estación telegráfica ú oficina de correos. Allí, quizás sin haberse desayunado todavía, coordinará sus apuntes, y, en la forma conveniente á sus propósitos, los enviará á su destino. Al día siguiente, vuelta á empezar la misma dura faena con ligerísimas variantes, hasta la terminación de la contienda... si antes no ha terminado él de vivir por obra y gracia de algún mal tropiezo con que no soñaba en la borrachera de su insaciable y peligrosa curiosidad.

¡Á tal extremo puede llegar, y ha llegado más de una vez, la manía de este nuevo caballero andante, para quien, hallándose en el ejercicio de su libre profesión, tampoco rigen las comunes leyes del Estado!

Y todo ello, en definitiva, lo grande y lo chico, lo serio y lo cómico, de este sujeto ¿por qué y para qué?... Pues *por* el ansia, como ya se ha apuntado, de ser el primero en recoger hechos y dichos, *para* que el periódico que le paga no sea el segundo en venderlos en la vía pública á un tropel de haraganes desdeñosos y á otros tantos lecto-

res impacientes, que han de olvidarlos, apenas engullidos, por el hambre de otros nuevos, y que aun hallan cara la ración en la miseria que les cuesta, de un *perro chico*.

Verdaderamente son dignos de más altos destinos el ingenio, la frescura y las fatigas sobrehumanas que se necesitan, y de ordinario se emplean, para desempeñar á conciencia el oficio de *reporter*.

J. M. DE PEREDA.

Santander, Febrero de 1892.

Esteban March

DÍCESE que nada nuevo hay en el mundo, y no falta quien afirma que por mucho que inventen novelistas y poetas, no llega á lo que pasa en la vida real. Nuestro buen Cervantes imaginó aquella chistosa aventura en la que Don Quijote, sin otro vestido que la camisa, no tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos y con seis dedos menos por detrás; largas y flacas las piernas, llenas de vello y no nada limpias, en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, revuelta la manta de la cama en el brazo izquierdo y en la derecha la desenvainada espada, dió cuchilladas á todas partes y en especial á los cueros llenos de vino, soñando que peleaba con su enemigo el gigante del reino de Micomición; y lo que inventó Cervantes convirtiendo en héroe al Hidalgo Manchego, dormido, soñando y con los ojos cerrados, lo hizo despierto, sin soñar y con los ojos abiertos Esteban March, célebre pintor nacido en Valencia á fines del siglo XVI.

Fué discípulo del murciano Pedro Orrente, que estuvo mucho tiempo en Valencia, donde ejecutó varios cuadros; y tanta fué la predilección de March por los asuntos bélicos, que se le conoció, y se le conoce, por el pintor de las batallas. Convirtió su taller en arsenal, colgando de las paredes instrumentos de guerra que había ido recogiendo con afanosa solicitud; las espadas y dagas formaban juego con los alfanjes, las lanzas estaban al lado de las flechas, los arcabuces junto á las pistolas; y no faltaban arneses y cascos y rodela y piezas de armadura y atabales y clarines y banderas, que daban aspecto nada pacífico al local. Cuentan que era March de genio algo lunático y atronado, y en lo cierto debieron estar los que tal afirmación hicieron.

Si en aquellos tiempos hubiésemos vivido y en su taller entrado, conociéramos á Juan Conchillos Falcó y á Luis Sotomayor, ambos valencianos, discípulos suyos y destinados á figurar entre los buenos pintores, sorprendiendo al primero ocupado en la preparación de los colores para el maestro y al segundo contemplando el esbozo de una batalla. Como es difícil que dos jóvenes se estén callados, probable fuera que sostuvieran animada conversación y que Conchillos preguntase:—¿Llevas á cabo tu propósito?—No puedo aguantar por más tiempo el extravagante humor de March, y á Madrid paso en la confianza de que el asturiano Carreño, pintor de fama, ha de darme lecciones. ¿Qué piensas hacer?—¿Pues qué he de hacer sino aguantar, porque en todas partes se tropieza, y en todos los campos graniza, y no se llega sin sudores al fin del aprendizaje? Sudar aquí ó allí todo es sudar; y ya que aquí estoy, aquí me quedo, pues si por ser mis apellidos ilustres en Castilla y Valencia parece que debiera ser joven de poco aguante, el deseo de aprender me fuerza

á tolerar al maestro, porque no todos saben lo que él sabe y raro es el hombre sin defectos.

Al entrar March callan los discípulos y le miran de reojo. Se acerca al comenzado cuadro, lo contempla, da vueltas por el taller, y Conchillos y Sotomayor se aproximan á la puerta sin apartar la vista del maestro, quien comienza á gesticular y á dar voces; descuelga luego con mano nerviosa uno de los clarines en cuyo tubo mete el aire de sus pulmones, esforzándose en darle la fuerza del vendabal para que los arrancados sonidos sean agudísimos; suelta después el clarín y toma la caja, cuya piel martiriza con las baquetas; y tras golpe en seco y redobles, toca á embestir; se apodera de una cimitarra, espada ú otro instrumento de guerra, y comienza á descargar cuchilladas por todo el aposento, siendo las paredes blanco de sus despiertas iras, como los pellejos del tinto lo fueron de las soñadas de Don Quijote; y ni aun los trastos con tanto afán coleccionados están seguros, pero sí los discípulos, porque al empezar la descomunal pelea han tomado la escalera sin contar los peldaños. Cansado, sudoroso, los ojos echando chispas, tira el arma, coge la paleta y pinceles, y trabaja en la comenzada batalla con ardor igual al antes empleado en acuchillar las paredes.

Estrambótico era el proceder del pintor valenciano, pero se ajustaba á la recomendación de Horacio: si quieres *convolverme necesario es que comiences por sentirte conmovido*. Hay que convenir en que March exageraba el precepto y que sus discípulos obraban cuerdateamente echando á correr en cuanto veían al maestro próximo al entusiasmo. Al pintar batallas hacía maravillas, y bien ganó el renombre con que sus contemporáneos le distinguieron y que la posteridad ha conservado. El gran Ribera fué su modelo y logró asemejarse su estilo; y aunque su pintura sea más basta, algunas de sus cabezas de viejos pueden figurar al lado de las del *Spagnoletto*. Tenía la pincelada fácil, había frescura en el colorido y verdad en sus obras, y si bien pintó con maestría lienzos de asuntos religiosos, fué en las batallas donde sobresalió, en particular cuando las ejecutaba en pequeño, pues entonces su pincel sabía fijar el humo, el polvo y la densidad de la atmósfera. Firmó muchos cuadros con el nombre de *Esteve*.

Parece que March era bastante desbaratado en el gobierno de su casa y en el de su persona, y que sólo trabajaba cuando le daba por ahí ó la necesidad le aguijoneaba; en lo cual se parece á bastantes artistas, que por desordenados y perezosos están siempre en íntimas relaciones con la escasez, pudiendo sostenerlas más gratas con el bienestar. Casado era y su mujer pasaba la pena negra y á veces hambre, pues se cuenta que algunos días la dejaba sin comer. Si las reyertas fuesen alimento, de harturas hubiera padecido la esposa de March, porque aquéllas eran frecuentes; y con penas, hambre y reyertas no es de extrañar que su carácter se volviese áspero y viviese el matrimonio en guerra, ya que en paz no era posible; librándose batallas cuando March, que solía salir por la mañana y no volvía hasta muy á deshora, era recibido con desagrado que provocaba tempestades, que á pocos lances solían descargar sobre la mujer. La pobre pidió consuelo y consejos al confesor, quien se los dió de prudencia, diciéndola que lo llevase por amor de Dios, pues veía imposibilitado el remedio, y que no recibiese á su marido ásperamente, sino con mucha caricia y amor. Aunque el consejo se dió en el siglo XVII, pueden aprovecharlo las mujeres de nuestro siglo y de los venideros, y siguiéndolo se ahorrarán muchos disgustos, que en el matrimonio

tiene gran aplicación el proverbio que dice, que si la palabra es plata el silencio es oro, y en el más vale callar que responder á tiempo. Cierta día salió March tempranito de su casa sin dejar providencia alguna para comer, y no regresó hasta la una de la madrugada; pero esta vez había pensado en la cena y traía unos peces, en los que fijaron la hambrienta mirada su mujer y Conchillos.—Que los frían luego y á cenar, ordenó March.—La mujer se dispuso á obedecer de muy buena voluntad, pero para freir peces se necesita aceite y no le había en la casa.—Anda corriendo por aceite, dijo el pintor á Conchillos, quien le contestó:—Señor, ¿á dónde tengo de ir por el aceite si están ya todas las tiendas cerradas?—Pues dame el aceite de linaza, replicó el pintor, que por Dios que se han de freir con él.

La orden fué obedecida; se puso en el fogón una cazuela, le echaron aceite de linaza, y cuando hirvió, los peces; y al quedar fritos, todos se sentaron á la mesa; mas al comer el primer bocado, March, su mujer y Conchillos pusieron gesto avinagrado, comenzaron á hacer visajes, se les revolvió el estómago y pensaron echar los redaños, porque el pescado en tal aceite frito no resultó manjar pero sí apestoso vomitivo. Furioso el maestro cogió la cazuela con su contenido y tiróla por la ventana; Conchillos se apoderó del alnife en que se había hecho el pistraje y lo echó tras la cazuela, quedando luego espantado de su osadía, sin que le tranquilizara la actitud de su maestro que á él se dirigió, le abrazó, le levantó y le dijo:—Bien te has portado, valiente,—palabras que no acabaron con el miedo del mancebo, que temía que March le enviase á la calle por donde habían salido la cazuela y el fogón. No fué así y más valió.

—¿Qué cenamos? preguntó la mujer.—¡Cuernos fritos! contestó March; ¿qué mejor cena que esta fiesta?—Y dicho esto á acostarse fué, exagerando el consejo de Cervantes de cenar poco, pues nada cenó, entre otros motivos porque no había cena.

«Con esta extravagancia, dice Palomino, vivió nuestro Esteban March; pero lo cierto es que especialmente en las batallas hizo cosas estupendas y dignas de eterna memoria, de que hay muy repetidos ejemplares, que yo he visto en dicha ciudad—Valencia—en poder de algunos aficionados. Murió en ella por los años de 1660, siendo ya de crecida edad.» El mentado biógrafo cita como obra excelente de March *La Cena*, cuadro que en su tiempo estaba en la capilla de la Comunión de la iglesia parroquial de San Juan del Mercado, en Valencia, ciudad que posee las mejores pinturas de Esteban. Don Pedro de Madrazo dice que merecieron elogios otros cuadros de asuntos religiosos ejecutados para conventos de Valencia; y, según Ceán Bermúdez, la casa real poseía muchos lienzos de historia sagrada, batallas y países de March, que adornaban algunas piezas del palacio del Buen Retiro. Hay frescura en el color, verdad en los efectos y soltura en el pincel, que unas veces recuerda á Orrente y otras á Ribera. El Museo del Prado posee ocho cuadros suyos, entre ellos el retrato del pintor Juan Bautista del Mazo, yerno de Velázquez.

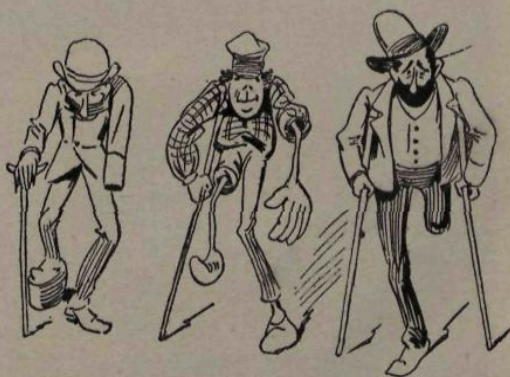
Su hijo y discípulo Miguel March le imitó como pintor, no en sus extravagancias, y produjo obras dignas de alabanza; pero la muerte le sorprendió á la edad de treinta y siete años, en 1670, cuando las artes podían esperar mucho de su talento.

TEODORO BARÓ.

Los lisiados

La cuestión social no termina en los *anarquistas* ni en los *andrajosos*, sectas ó agrupaciones tenidas hasta ahora como las más avanzadas.

Otra llamada de los *lisiados* acaba de salir al palenque social.



En Liverpool se ha verificado un *meeting* de gran trascendencia.

Así se expresó el cojitranco Litofractor que inauguró la sesión:

«Cojos, mancos, tuertos, ciegos, paralíticos y demás imposibilitados; el día de nuestra regeneración social se aproxima. Aquí tenéis telegramas de todas las poblaciones más importantes del mundo civilizado; telegramas de adhesión incondicional á la gran idea que hoy nos reúne. El movimiento en la opinión está hecho. Tenemos la fuerza de la razón, y ésta se impone. Todos hemos venido al mundo con los cuatro remos sanos, y, sin embargo, la fatalidad ha querido privarnos á unos de una pierna á otros de los brazos.

»La humanidad, en su egoísmo, olvida ó pasa por alto que, mientras unos tienen capacidad física para trabajar y labrarse un porvenir, otros estamos destinados á arrastrarnos por el suelo como reptiles. Esos anarquistas



que tanto blasonan de la nivelación social, son unos burgueses encubiertos, son nuestros principales enemigos. Disponen de cuatro remos en perfecto estado de conservación y tienen libres los caminos que otros emprendieron para crearse una posición desahogada. Ellos llegarán, por lo tanto, adonde nos está vedado llegar á nosotros por la ingrata naturaleza.

»¿Cuál es la conducta que debemos seguir? La contestación es lógica; dejarlos á ellos cojos y mancos como nosotros, ya que nosotros hemos perdido toda esperanza de igualarnos á ellos.

»La dinamita, la melinita, la ruborita, la plancastita,



LA TRILLADORA

ESTATUA DE A. VALLMITJANA ABARCA



EL DOMINGO DE RAMOS

CUADRO DE J. MAS Y FONDEVILA

el yoduro de ázoe y un sin fin de explosivos recientemente inventados nos ahorrarán la mitad del camino.

»¡Guerra á las piernas y á los brazos! Un cartucho de dinamita en la pantorrilla de un sano le convertirá en *lisiado* y tendremos un prosélito más.

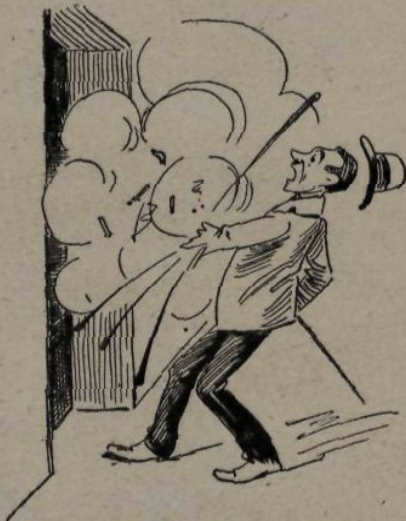
»Afortunadamente tenemos á nuestra disposición los torpedos terrestres automáticos. Nuestro campo de ope-



raciones serán las aceras de las calles y los paseos públicos.

»Cuando la humanidad entera ande con muletas, el triunfo de los *lisiados* será un hecho.

»Contamos con eminencias científicas que han de estudiar otros torpedos automáticos para colocar en los llamadores de las puertas, en las manzuelas de los coches y en las barandillas de las escaleras con el objeto de arrancar brazos á los protegidos por la naturaleza.



»Esta es la verdadera igualdad, esta es la doctrina santa de los *lisiados*.

»Se abre la sesión para que cada uno de los presentes proponga cuanto estime conveniente al logro de nuestros fines.»

Seguidamente hizo uso de la palabra el manco de ambas manos Tanino.

Dijo que la reforma social propuesta por el cojitranco Litofractor le parecía poco amplia. Que aun cuando pueda conseguirse la transformación de la humanidad en cojos, mancos y tullidos, como cada uno tenemos más ó menos talento, siempre resultará que los más avispados

serán más hábiles, tendrán mayor disposición para el trabajo y serán preferidos.

Propuso, como consecuencia, el reparto de la masa encefálica. Una vez todos *lisiados*, abrir el cráneo á todo bicho viviente, echar las seseras en un montón y repartir después un determinado número de gramos á cada uno.

La asamblea prorrumpió en una tempestad de aplausos.

Habló después Microhomo, un zapatero de portal de *pequeñísima estatura, jorobado y patizambo*.

Expresóse en términos violentísimos y agresivos contra los anarquistas, llamándoles verdugos y explotadores de los *lisiados*. Termina demostrando que las diferentes estaturas hacen al hombre apto para determinados trabajos, y que no se llegará á una nivelación social perfecta si no se adopta una estatura general y se obliga á que todo el mundo se recorte á la medida que dicte la Asamblea de *lisiados*. Propone la suya como módulo.



Algunos delgados y altos protestan.

El presidente Litofractor logra restablecer el orden, alterado un tanto por la proposición de Microhomo.

Sube á la tribuna Folkplast, manco, según declara, á consecuencia de cierta enfermedad que también le dejó calvo como un plato sopero.

Después de un brillante exordio, hace observar que todo calvo se ve obligado á gastar peluca y, siendo este un gasto del que están exentos los peludos, no habrá una perfecta igualdad si no se declara la guerra á todos los que tengan pelo.

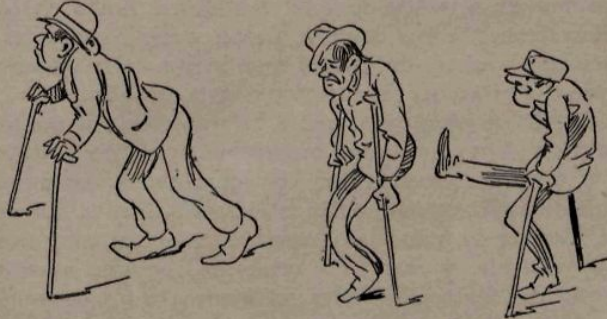
Propone meter la cabeza en agua regia á los que no presenten un cráneo tan pelado como el suyo.



El presidente promete tomar en consideración cuanto han dicho los *lisiados* en sus respectivos discursos, y propone enviar telegramas dando cuenta del *meeting* á las

asambleas de *lisiados* de París, Londres, Bruselas, Berlín, Roma, San Petersburgo, Madrid y Lisboa.

Terminó la reunión con el mayor orden, sin más ruido que los choques secos de las muletas y piernas de palo sobre el pavimento.



Tenemos entendido que los anarquistas están sumamente disgustados con esta nueva masa social que viene á barrenar la suya.

Nosotros, en nuestra modesta opinión, creemos que la razón asiste por completo á los *lisiados*, y que los procedimientos propuestos para lisiar al resto del género humano es un adelanto que ha de reportar grandes bienes á la sociedad.

¡Vivan los *lisiados*!

MELITÓN GONZÁLEZ.

NUESTROS GRABADOS

Don José María de Pereda

Encabezamos este número con el retrato del insigne novelista español don José María de Pereda. No vamos á escribir aquí su biografía ni menos á enumerar sus méritos literarios, porque no cabe esto en los estrechos límites en que hemos de encerrarnos ahora. ¿Quién no conoce en España, y en muchos países del extranjero, al autor de *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, *De tal palo tal astilla*, *El sabor de la tierra*, *Sofileza*, *La puñera* y de tantas otras novelas, regocijo y embeleso de cuantos saben saborear las bellezas de un libro bien pensado y magistralmente escrito? Pereda es digno descendiente de los novelistas picarescos españoles en punto á pintar con fidelidad las escenas y los tipos que pululan por la pintoresca región montañesa y también los cuadros y figuras que hogaño se hallan en los distintos círculos de la corte. Pereda, además, continúa la hermosa lista de novelistas modernos castellanos que abrió la Fernán Caballero, y en la cual, á la verdad de que antes hemos hecho mérito, se une un fondo alimentado en las doctrinas católicas, lo cual hace que sus novelas puedan señalarse como libros á propósito para penetrar en el hogar doméstico. Del autor son pintura exacta sus libros. Como ellos es severo en su modo de pensar, sobrio en el expresarse; siente hondo y habla poco; mas cada una de sus palabras va recta al corazón ó á la inteligencia. De su amistad ha de estar orgulloso quien haya tenido la fortuna de merecerla. Que es español castizo lo dice su mismísimo rostro, trasunto de una alma que parece ser la de un hijodalgo castellano de los siglos XVI ó XVII. Á su bondad y al cariño que siente por este Semanario debemos el haber podido publicar el *Esbozo* que escribió ex profeso para sus páginas y que de fijo habrá sido leído con singular gusto por las personas que comprendan los méritos de una castiza prosa castellana.

La trilladora

ESTATUA POR A. VALLMITJANA ABARCA

Valiente es la concepción de esta obra escultórica. En ella está representada la trilla por medio de una robusta joven que recuerda las mujeres campesinas de Millet y de Bretón, y que está tratada con la holgura de maestros contemporáneos del aliento del francés Chapu. A quien la examine detenidamente no se le ocultará que su joven autor, dotado de envidiable talento, sin perder nunca de vista el carácter moderno que es necesario imprimir á la escultura del siglo XIX, tenía muy fijos en la mente ejemplos

antiguos, ya que en toda la estatua se nota un laudable deseo de aproximarse lo más posible á la ejecución desembarazada y grandiosa de Miguel Ángel. Aquella cabeza modelada con perfecto estudio del natural, sin detalles pequeños que la achiquen; aquel vestido que más que tal ha de llamarse ropaje, con un partido de pliegues soberbio por sus magníficas líneas, propiamente escultóricas; la sencillez de la actitud sacada con grande tino de la verdad misma; el movimiento de los brazos de la robusta joven empujando la horca con que ha de aventar las mieses; toda la estatua, en una palabra, procede del gran maestro de la escultura moderna, sin que se advierta en ella el menor resabio de imitación, antes acusando una potente personalidad artística en el joven escultor Vallmitjana Abarca, que la ha ejecutado de una manera tan hábil como brillante. La labor del campo sale engrandecida en esta obra, que su autor destina á la próxima Exposición Nacional de Bellas Artes.

El domingo de Ramos

POR ARCADIO MAS Y FONDEVILA

Pocos pintores catalanes han logrado en tanto grado como Mas y Fondevila fundir en sus cuadros el estudio del natural viviente con una exquisita idealidad, que dimana del talento mismo del artista. Odia éste las vulgaridades por modo tal, que aun copiando el busto de un pilluelo con fidelidad prodigiosa, pone en él un cierto ambiente que le quita todo lo repulsivo que en la realidad pueda ofrecer, sin alterar, empero, en lo más mínimo su semblante. Esto hicieron también Zurbarán, Murillo, Velázquez y todos los inmortales maestros de nuestra pintura. En el cuadro de Mas y Fondevila, que reproducimos con singular gusto, se ve representada la fiesta de *El domingo de Ramos*, con verdad en la disposición general y en los tipos de las garridas catalanas que llenan todo el lienzo y á la vez con la idealidad á que antes hemos hecho referencia, ó llámesele elegancia de dibujo y colorido. Aquellas jóvenes son lindísimas, lindas como se las pueda entrever en sueños, acaso más hermosas de lo que suelen ser por lo común en las iglesias de nuestras aldeas, cuando en ellas se reúnen en las grandes festividades católicas, á pesar de lo cual no son mentirosas, porque Mas y Fondevila ha conservado en sus rostros el tipo de la tierra, embelleciéndolo algo si se quiere, dándole líneas clásicas para hacerlo más atractivo y más simpático en todos los tiempos. Siempre esta pintura, sumamente armoniosa, será contemplada con gusto, porque sus bellezas son de todas las épocas, no dependen de accidentes que varían con el cambiar de los años y de los siglos. El delicado sentimiento esparcido en ella contribuye á imprimirle la belleza perenne, que es una de las prendas capitales en las obras del arte y de la literatura.

SECCIÓN CIENTÍFICA

Las nubes

El vapor de agua disuelto en la atmósfera é invisible en los días serenos para nosotros, se condensa y toma una forma visible, ya al encontrar una corriente de aire de temperatura más baja, ya al elevarse á cierta altura, en donde reina ordinariamente más frío. Á esta reunión de vapores, perceptibles á nuestra vista, se denominan nubes, de una palabra latina (*nubes*), que significa en este idioma lo mismo.

Las diversas apariencias que ofrecen más constantemente han recibido también nombres especiales, distinguiéndose entre ellos los cirros, de *cirrus*, voz latina, que denota franja ó rizo; cúmulos, de *cumulus*, montón; estratos *stratus*, cama, y nimbos, de *nimbus*, palabra también latina, como las demás, que equivale á la nuestra de velo ó nube espesa. Los cirros, pues, con arreglo á su significación, son nubes pequeñas blanquecinas, ó franjas sueltas, semejantes á lana cardada. Estas son las que se elevan más en la atmósfera, por cuya razón se creía hace mucho tiempo que se componían de partículas acuosas heladas ó de copos de nieve. Los viajes aerostáticos que se han hecho en nuestra época desde el de los señores Barral y Bixú en 27 de Julio de 1850 hasta la fecha, han dado ocasión á confirmar plenamente esta sospecha,

habiéndose averiguado que los cirros, en efecto, se componían de cristales de hielo aéreo, visibles en ciertas circunstancias y existentes é invisibles en otras, según su espesor y tenuidad. Esta clase de nubes anuncian de ordinario mudanza de tiempo.

Los cúmulos son nubes redondas, semejantes á montañas superpuestas unas á otras, más comunes en el verano que en el invierno, y por la mañana que por la tarde. Cuando su número aumenta, y, sobre todo, cuando aparecen juntamente con los cirros, hay que esperar lluvias ó tempestades. *Los estratos son capas horizontales de nubes, que se presentan en las regiones más bajas de la atmósfera, y que, por efecto de la perspectiva, parecen bandas estrechas. Son más comunes á la puesta del sol, desapareciendo á su salida, y más en otoño que en primavera. Finalmente, los nimbos, ó nubes de lluvia ó de tempestad, no ofrecen forma ninguna característica, distinguiéndose sólo por su color oscuro y uniforme y por las franjas de sus bordes.*

No se sabe con certeza la altura máxima á que pueden llegar las nubes en la atmósfera, porque sería preciso llegar hasta las más altas, lo cual no ha sido dado al hombre hasta ahora, como lo demuestra la deplorable ascensión del *Fénix* de 15 de Abril de 1875, en que perecieron dos sabios, que se elevaron á una altura de 8,000 metros, salvándose sólo el tercero. Se estima, sin embargo, que por término medio ascienden á 1,400 metros en invierno, y de 3 á 4,000 en verano. Estas leyes están sujetas á muchas excepciones, porque en la Etiopía se han visto nubes tempestuosas á 212 metros del suelo, y Gay-Lussac á una altura de 7,016 metros, observó encima de él cirros que parecían de una altura inmensa.

Los colores de las nubes varían hasta lo infinito desde el negro hasta el blanco. Por la mañana temprano y por la tarde, esto es, á la salida y puesta del sol, las nubes toman colores vivísimos, que nosotros llamamos arrebóles, viéndose á veces otras violáceas, azuladizas y amarillentas, según su espesor, su situación respecto á nosotros, y su relación con los rayos del sol, que sufren en ellas reflexiones, refracciones y absorciones, que las hacen tomar esos variados matices.

Las nubes parecen inmóviles á veces, y animadas otras de una velocidad más ó menos grande. Constituyen en ocasiones un espesor considerable de muchos miles de metros, habiéndose hecho viajes aéreos que han atravesado masas de vapores de más de 5,000 metros.

Las nubes se forman en cualquier hora, en todas las estaciones del año y en cualquier paraje, ya sea sobre la mar ó sobre la tierra. Sin embargo, más allá de la zona ó faja del ecuador terrestre, esto es, de la parte de nuestro globo más expuesto á los ardores del sol, región de calmas adonde no llegan los vientos alisios, en las cuales reina una temperatura tan cálida como húmeda, se engendran como en una inmensa caldera masas enormes de nubes, que se distribuyen por todas partes, ya hacia los polos, en donde se convierten en nieve, ya hacia las regiones templadas, en donde se presentan trayendo el agua y las tempestades. De América vienen á nuestra Europa montañas vastísimas de nubes, que atraviesan el Atlántico y gran parte de Europa, dispensándonos la lluvia, tan benéfica para los campos. Tal es la cantidad asombrosa de vapores que se acumulan en el Nuevo Mundo, que atraviesan los mares descargando constantemente agua, y llegan hasta nosotros, y pasan más allá vertiéndola siempre á torrentes, aunque es de suponer que durante el trayecto, y por la fuerza de atracción que ejercen las

grandes masas sobre las menores, se van deshaciendo y renovando á un tiempo en su larguísimo curso.

Uno de los fenómenos más curiosos que nos ofrecen las nubes es el de su dirección, diversa á veces y aun opuesta, y la distancia aparente á que se encuentran unas de otras, que suele ser invariable. La explicación de esos movimientos en desigual sentido se funda en las observaciones hechas desde la tierra, y confirmadas después en los aires, de que en nuestra atmósfera reinan á diversas alturas vientos distintos y hasta opuestos.

Puede suceder, pues, que á la altura de mil metros corra un viento Sur, y mil metros más arriba otro Norte, Este, ú Oeste, que arrastren respectivamente á las nubes en la dirección en que soplan. Así se comprende que no sea idéntica su velocidad respectiva, sino, al contrario, muy variable, y que haya ocasiones, en que algunas corran con ligereza, y otras se ostenten completamente inmóviles. Respecto al segundo de estos fenómenos, esto es, respecto á la altura sensiblemente igual, en que esas capas de nubes se mantienen, la razón no puede ser la misma. Los sabios suponen, para explicarlo, que corrientes continuas de aire cálido ascendente las mantienen á su altura respectiva, y que la inmovilidad, en sentido vertical, esto es, de arriba abajo, es sólo aparente.

A juicio de estos sabios, las nubes tienden constantemente á descender hacia la tierra con más ó menos lentitud, pero su parte inferior se disipa y desaparece sin cesar en las capas más calientes de aire, que atraviesan, mientras que su parte superior acrece á su vez en proporciones iguales, con los nuevos vapores que se condensan.

Las nubes no llevan siempre sólo en su seno vapores acuosos ni tenues partículas de nieve ó de hielo, ni granizos más ó menos voluminosos. En ocasiones arrastran cantidades enormes de polen ó harina muy ligera de las flores, sobre todo de árboles coníferos (pinos, pinabetes, etc.), y la lluvia que despiden es amarillenta; otras veces llevan también en su seno grandes cantidades de arenas y cenizas de los volcanes, en cuyos casos el agua que vierten en forma de lluvia aparece gris ó roja. Las lluvias llamadas de sangre suelen tener este origen, ó bien la aparición de innumerables mariposas, que ponen sus huevos derramando un líquido, que, mojado por la lluvia, se asemeja á manchas de sangre. Tampoco son imposibles otras lluvias con el singular acompañamiento de sapos ó de peces, aunque los primeros no suelen volar asustados por los aires y en el seno de las nubes, sino que se albergan en la tierra y se presentan inopinadamente en verano en número extraordinario; pero las lluvias de peces son posibles y aun auténticas, puesto que las trombas absorben en ocasiones el agua de las lagunas y de los estanques, y los peces que viven en ellos, despidiéndolos luego á larga distancia de su punto de partida.

En el seno de las nubes se forman también las grandes tempestades, las trombas terrestres y marítimas, los truenos, los rayos, la nieve y el granizo. Aunque la explicación de cada uno de estos fenómenos meteorológicos exige por su importancia capítulo aparte. No hay nubes sólo en nuestro planeta, porque en otros, en Marte y en Júpiter, se han observado con repetición ciertas manchas variables, que indican su existencia, así como también grandes espacios de un blanco brillante hacia los polos, demostrando que hay en ellos también nieves. La Luna, en cambio, nuestro satélite, no ofrece señal alguna de ellas.

La causa esencial de las nubes es el calor, que, según sus grados, evapora el agua que las compone, condensa

TODO POR EL ARTE

NOVELA VIVA, POR APELES MESTRES

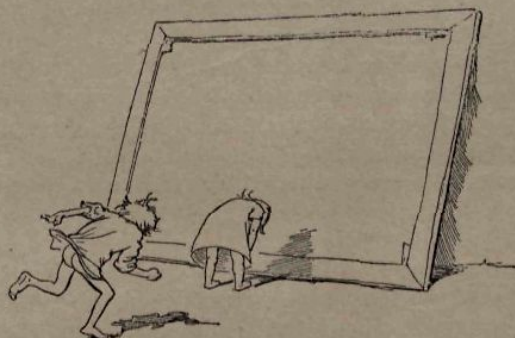
(CONTINUACIÓN)



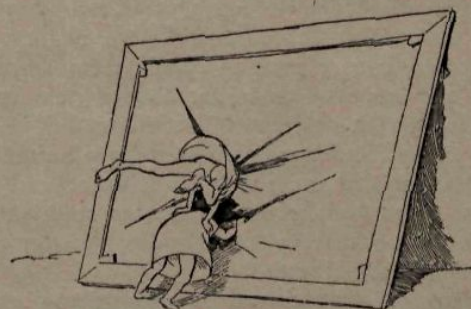
7.—«¿Me haría usted el obsequio, señora, de guardarme este cuadro hasta mañana?»



8.—«Déjelo ahí, en el corral, que es donde estorbará menos.»



9.—Pasado el primer momento de estupor, los muchachos vuelven á sus juegos sin acordarse más del cuadro.



10.—«¡A la una, á las dos... á las tres!»



11.—Tan recia fué la arremetida, que el primero arrastró al segundo.



12.—¡Fortuna y grande fué que entre sus cabezas y la tapia se encontrara providencialmente *eso!*

(Continuará).

el vapor acuoso invisible, mueve los vientos que las transporta de un paraje á otro, y las mantiene á cierta altura de la tierra.

Nosotros ignoramos la causa de estos fenómenos, porque desconocemos la naturaleza íntima del calor y sólo vemos sus efectos. Sólo Dios, que lo creó, lo sabe.

E. DE MIER.

Mesa revuelta

Se lee en los cuentos de *Un soldado viejo* que Esgarrachupas era un perdido, que gastaba más que tenía. Llegó á entraparse con todos los vecinos de su lugar, que lo perseguían sin dejarlo á sol ni á sombra. Una tarde corrió la noticia de que había muerto de repente; que, amortajado de fraile capuchino, se hallaba depositado en la iglesia, y que lo enterrarían cuando el cura volviese de predicar de un pueblo inmediato. Los acreedores se acercaban al muerto, que tenía casi cubierta su cara con la capucha, y perdida la esperanza de cobrar, echándola de generosos, aunque deseando ardiese en los infiernos, exclamaban:

—¡Pobre Esgarrachupas! Para que salga del purgatorio, le perdono lo mucho que me debe.

El sacristán Furigañas, que lo velaba, añadía siempre:

—¡Dios se lo pague! Yo también le presté una peseta.

Llegó la noche, el monago se durmió en un confesionario, se olvidó cerrar la iglesia, y entró en ella, para robarla, una cuadrilla de ladrones. Calcularon que, habiendo un cadáver de cuerpo presente, nadie se atrevería á sorprenderlos y podrían pacíficamente repartirse el dinero que acababan de quitar á unos ricos comerciantes que volvían de ferias. Se sentaron en el suelo formando corro alrededor del muerto, que alumbraban cuatro velas: vaciaron un saco de onzas de oro: al ruido se despertó el sacristán, el difunto se incorporó, extendió los brazos, dió un grito, y los ladrones huyeron espantados, abandonando el tesoro.

Furigañas y Esgarrachupas se convinieron en que éste se haría el muerto para que le perdonasen las deudas, como lo consiguió. Se durmió en el ataúd, lo despertó el sonido del precioso metal al caer en las losas del templo, le deslumbró el brillo, y no pudo contener el ademán ni la exclamación que asustaron á los bandidos. El sacristán y el perdido cerraron la iglesia y se repartieron el dinero.

Como Furigañas no quiso perdonar la deuda á Esgarrachupas, al repetirle: «Dame mi peseta,» lo oyó por el ojo de la llave de la puerta de la iglesia Galdrapas, el más valiente de los ladrones, que se había acercado á ver lo que pasaba; echó á correr, y lleno de miedo, les dijo á sus compañeros:

—¡Tantos muertos se han levantado, que á peseta les ha tocado!

Según el último almanaque de Gotha, entre los soberanos actualmente reinantes, el de más edad es el Papa, que tiene 80 años cumplidos; siguiendo después Cristián IX, rey de Dinamarca, que tiene 74 años, y la reina de Inglaterra 70. El más joven es Alfonso XIII, rey de España, que sólo cuenta 6 años; después Alejandro I de Servia, que tiene 13; Carlos I de Portugal, 26; y Guillermo II de Alemania, 31.

Durante el año 1890 Francia exportó 4.665,100 galones de cognac (cada galón son 4 $\frac{1}{2}$ litros). Por otra parte, la estadística oficial nos dice que los destiladores de cognac sólo produjeron en dicho año 853,579 galones. De lo cual resulta que más de las cuatro quintas partes del cognac que sale de Francia no es tal cognac. Los franceses, cuando se quejan de que se les envían vinos falsificados, deberían acordarse de esos guarismos.

Pónganse algunos pedacitos de madera que más ó menos groseramente figuren peces, en una cubeta que contenga agua. Para el caso pueden servir las maderas de los fósforos de cocina. Colóquense en forma de estrella no muy distantes los unos de los otros. En el centro de esta estrella póngase un pedazo de jabón cortado en punta. En seguida se verá que los peces se alejan separándose bruscamente como si el jabón les horrorizara. Para que vuelvan no hay más que poner en el agua un terrón de azúcar: todos los peces correrán precipitadamente hacia él.

En un folleto publicado por M. J. de Benko, este capitán de fragata de la marina real austriaca, nos participa una curiosa particularidad de las islas Filipinas. Hasta 1845, los habitantes de aquellas islas tuvieron su calendario un día atrasado respecto al calendario europeo. Las causas de este aparente retraso son fáciles de comprender. Estas islas fueron consideradas durante mucho tiempo por los españoles como islas del hemisferio occidental, y sus habitantes no vacilaron en adoptar el calendario importado por los traficantes que venían de las islas de América.

El mismo autor menciona lo que sucedió á los compañeros de Magallanes, que al llegar á Europa, después de su viaje de circunnavegación, notaron que se les había perdido un día por el camino.

Pero volviendo á las islas Filipinas, ha sido menester allí la intervención de las autoridades civiles y religiosas para poner el cálculo del tiempo en armonía con el calendario europeo, de manera que en 30 de Diciembre de 1844 salió un decreto (descubierto recientemente y reproducido en el folleto de M. Benko), *suprimiendo el día 31 de Diciembre*. Resultó, pues, que el día siguiente del 30 (que debía ser martes, 31), fué miércoles, 1.º de Enero. M. de Benko recuerda una confusión de igual género que tuvo lugar en los primeros años de la colonización de Alaska, donde los americanos venidos del Oeste contaban con un día de retardo respecto á los rusos venidos del Este. De manera que una parte de la población celebraba el domingo cuando para la otra era ya lunes.

La mejor manera de impedir que las lámparas echen humo es mojar la mecha en vinagre fuerte dejándola después secar bien. La llama será clara y brillante.

Para juzgar de la salubridad de una habitación, tómense 500 gramos de cal apagada al aire y secada al horno ó por cualquier otro medio. Se pesan 50 gramos de ella y se colocan en un plato en la habitación sospechosa, durante veinticuatro horas. Después se pesa otra vez, y si ha aumentado su peso en más de un gramo, aquel recinto no es habitable.

Recreos instructivos

II

—¿Qué haces aquí, Sofía? ¿vas á preparar una *soda refrescante*? no vendrá mal: todavía recuerdo los deliciosos ratos que pasábamos en la Exposición Universal de Barcelona; ¡qué agradable y refrescante me parecía la bebida norte-americana que nos servían cerca del puente! ¿y qué es la *soda*?

—Querida Clarita, me disparas á boca de jarro tantas preguntas que no puedo responder á ellas á un tiempo: primero querías averiguar qué es lo que estoy haciendo: pues á ello te contestaré que estoy cargando un cañón.

—¡Un cañón! ¿eso llamas á una botella? ¿y la pólvora va á ser la *soda*? no sé lo que te propones con ello, como no sea darme una broma.



—No es broma: ya lo verás; en primer lugar te explicaré que Juanito por poco se vuelve ciego esta tarde al disparar un cañoncito de bronce, cargado con pólvora: el tal cañoncito dió un estampido más fuerte que el del disparo de un fusil, y pasó silbando junto á su oreja, lastimándole un poco el cuello y dejándole más asustado que un salvaje cuando oye la primera detonación de un arma de fuego. Figúrate que ha caído de espaldas destrozándose los pantalones en la parte más ancha, y ha llegado aquí con un aspecto tan lastimoso que de momento creímos todos que de veras estaba herido: no fué más que el susto, pero ya basta para que tome horror á la pólvora; y para consolarle, enseñándole al mismo tiempo un sistema de artillería completamente inofensivo, estoy preparando esta botella cuyo disparo se efectuará encima de la mesa con toda solemnidad.

—A ver, á ver, cuéntame el misterio.

—Es muy sencillo: esta botella, de forma regular, y de paredes resistentes, se presta admirablemente á producir el efecto de un cañón; la he llenado de agua hasta la altura del primer tercio de su cabida; en esta agua he hecho disolver un poco de bicarbonato de sosa del que trajeron para tí cuando tenías el estómago algo estragado por la fruta. Cállate, no me interrumpas; ya ves que no se trata de *soda refrescante*; los polvos de ácido tártrico del otro paquete, los coloco dentro de este tubo de cartulina, y como taco me servirá un poco de papel chupón; este cartucho lo suspendo por un bramante delgado al alfiler clavado en el tapón de corcho; la abertura del tubo la coloco hacia arriba y tapo la botella herméticamente

cuidando que la parte baja no toque al líquido; cuando estemos en la mesa, colocaré la botella encima de dos cañitas, que servirán de cureña, y una vez en situación vertical, el agua tocará al ácido tártrico, que no pudiendo encontrar salida por las paredes de la botella, lanzará el tapón con furia, produciendo una explosión y rodando la botella hacia atrás encima de las cañitas como una verdadera pieza de artillería.

—Bien pensado: ¿y quién será la víctima del disparo? ¿el canario?

—La víctima será la mamá de Juanito, pues lo menos va á romperle una docena de botellas probando el experimento; pero vale más eso que no abrasarse la vista con pólvora.

—Guarda tu máquina de guerra, Sofía; y ya verás qué sorpresa damos al gato mientras duerme en el sofá; ¡apunten, fuego! pero no, mejor será decir; ¡apunten!... ¡agua va! porque se trata de un cañón... mojado.

JULIÁN.

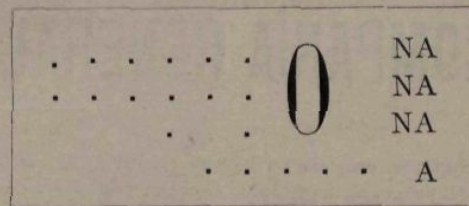
Solución á la charada anterior:

CA-DE-NA

CHARADA

Prima y dos tiene dos sexos,
Pues *el* y *la* se le aplican,
Y con lentes biconvexas
Autorcillos inconexos
Sus excelencias explican.
A *el*, débense los trajes,
Y á *ella*, algún desengaño...
Mas, lector, no hagas visajes;
Continuaré sin ambajes
Este *enigma* un tanto extraño.
Dos, te digo que es muy chino.
Prima y tres el suizo caza;
Aunque seas adivino,
Lector, que no hallas, opino,
El *todo*, sin añagaza.
Pues bien, sabrás que resulta
Un vestido vegetal,
Que emplea la turbamulta,
Sea sabia ó sea estulta,
Para el bien y para el mal.

ACERTIJO



Sustituir los puntos por letras de manera que el total forme cuatro nombres propios.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.^ª*, Editores, Cortes, 221 y 223, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

 — **BARCELONA** —

- Línea de las Antillas, New-York y Veracruz.** — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.
- Línea de Filipinas.** — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Cochinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.
- Línea de Buenos Aires.** — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.
- Línea de Fernando Póo.** — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.
- Servicios de África.** — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.
- Servicio de Tánger.** — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.^a, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.^a — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.^a — Málaga; don Luis Duarte.

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

 VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
 AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

LA PREVISIÓN

PRIMERA COMPAÑÍA ESPAÑOLA

dedicada exclusivamente á

SEGUROS SOBRE LA VIDA

Á PRIMA FIJA

— BARCELONA —

Dormitorio de S. Francisco, 8, pral.

COMPANÍA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS

Según se previene en la base cuarta de la escritura de emisión de las obligaciones de esta Compañía, tendrá lugar el día 15 del próximo mes de Junio el cuarto sorteo trimestral de obligaciones, á las once de la mañana, en el salón de sesiones de la Sociedad, sito en la Rambla de Estudios, núm. 1, pral.

Las 19,550 obligaciones de la Compañía por amortizar, se dividirán para el acto del sorteo en 1,955 lotes de 10 obligaciones cada uno, representados por igual número de bolas, extrayéndose del globo 15 bolas en representación de las 15 decenas que se amortizan conforme se indica en la tabla de amortización impresa al dorso de cada título.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las mil novecientas cincuenta y cinco bolas sorteables.

El acto del sorteo será público, presidiéndolo un Sr. Consejero de la Sociedad, asistiendo además el Director, Contador y Secretario general.

La Compañía publicará en los diarios oficiales los números de las obligaciones á las que haya correspondido la amortización y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que debe sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Julio próximo.

Barcelona, 28 de Mayo de 1892.

El Secretario general

Carlos García Faria.